

▪ TEORÍA Y ANÁLISIS

IN DEFENSE OF THE
TEACHING OF HISTORY:

THE APPRECIATION OF HISTORY AS A SCHOOL MATTER

Recibido: 30 de marzo de 2020

Aprobado: 20 de abril de 2020



“Astillero 02”, 80 x 150, óleo-temple sobre tela, 2018

EN DEFENSA DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA: EL

APRECIO

DE LA HISTORIA COMO MATERIA ESCOLAR

JESÚS ANTONIO GARCÍA OLIVERA
VERÓNICA HERNÁNDEZ MÁRQUEZ



RESUMEN

Uno de los elementos que incide en la enseñanza de la Historia es el aprecio social que se tiene sobre ella. En este artículo se plantean algunos elementos para conocer y comprender cómo el impacto del reconocimiento social incluye en los alumnos del bachillerato y su aprendizaje de la historia.

Palabras clave: apreciación social, enseñanza de la historia, escuela, docentes.

ABSTRACT

One of the elements that affect the teaching of History is the social appreciation of it. In this article, some elements are proposed to know and understand how it has social recognition in High School students and their learning of History.

Keywords: social appreciation, history teaching, school, teachers.

VERÓNICA HERNÁNDEZ MÁRQUEZ

Licenciada en Historia por la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán, UNAM, maestra en Historia de México y estudios de doctorado por la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM. Cuenta con diversas publicaciones en revistas nacionales y es autora entre otros textos, del libro *La fiesta de la independencia nacional en la Ciudad de México. Su proceso de institucionalización de 1821 a 1887*. Es docente de Historia Universal, Historia de México y Teoría de la Historia en el plantel Naucalpan con una antigüedad de 30 años.

JESÚS ANTONIO GARCÍA OLIVERA

Licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) de la UNAM; maestro en Docencia para la Educación Media Superior, campo del conocimiento Historia, por la Facultad de Filosofía y Letras y el Instituto de Investigaciones Filosóficas (IIF); tiene una especialidad en Historia del Arte por la FFYL y el Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE). Es analista en el Archivo General de la Nación, galería 4; maestro del CCH en el plantel Naucalpan desde julio de 1979; ha publicado en diversas revistas nacionales e internacionales.

Cuando pensamos en la defensa de una disciplina la primera idea es que ésta se encuentra bajo un ataque. Una disciplina es atacada precisamente en su momento de cambio, cuando sus enfoques, modelos o métodos se encuentran desfasados del proceso de investigación. Lucien Febvre escribió a mediados del siglo xx lo siguiente:

Consecuencia entre otras un gran desdén por la historia. El desdén de hombres que se embriagan con sus conquistas sin tiempo para establecer sobre ellas una fundamentación duradera porque mañana nuevas conquistas vendrán a poner todo, en tela de juicio. Desdén de los hombres que se proclaman orgullosamente hijos de sus obras... y el prejuicio aumenta cada vez más: ¿cómo perder el tiempo en hacer historia cuando hay tantas tareas fecundas y que “rinden” requieren hoy de todas las energías de todas las inteligencias? (Febvre, 1970, pp. 221-222).

Estas palabras, pronunciadas en 1949, actualmente se pueden aplicar a la historia escolar, la historia que enseñamos. Febvre escribe lo anterior para criticar a quienes, en aras de un enfoque nuevo, más eficiente o moderno, no toman en cuenta lo anterior, el pasado y, por lo tanto, no tienen conciencia histórica, son inmediatistas. Esto implica una visión del mundo en la cual todo acto o proceso tiene una profundidad en el tiempo, consecuencia de múltiples determinaciones y no sólo de un elemento. La conciencia histórica implica la formación de procesos de identidad social e individual.

Si bien la renovación de los estudios y metodología histórica implica ver los antecedentes y las nuevas necesidades sociales de explicación del proceso histórico, en muchas ocasiones no ocurre lo mismo en la historia que se enseña.

“Estoy convencida de que *la historia es una ciencia que se cultiva para ser mostrada, es decir, para ser enseñada*” (Sánchez, 1998, p. 218), afirmaba la doctora Andrea Sánchez Quintanar, estimada y extrañada maestra de didáctica de la Historia en la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM. Esta afirmación la repetía continuamente y se concreta en una concepción de la historia enseñada: la investigación histórica sólo tiene sentido cuando sus resultados se conocen y devuelven a la sociedad que los genera; el saber histórico entonces sólo cobra sentido cuando se transmite, se confronta con la propia sociedad que lo desarrolla y, dentro de esta perspectiva, el conocimiento histórico se construye para ser difundido (Sánchez, 1998, p. 219).

Esta visión de la enseñanza de la historia pone en el centro de la reflexión a los historiadores como investigadores y difusores del saber histórico. Su papel no es la mera traducción del saber disciplinario y frontera a un contenido escolar, sino la formación de una visión de la historia, de su utilidad y método, el cual se concreta en el trabajo dentro del aula a partir de una estructura escolar. Lo anterior conduce al aprecio social que el alumno da a la materia con relación a otras que cursa. En este escrito revisaremos de forma particular la enseñanza de la historia, no en general, sino en particular a partir del bachillerato. La elección de este grado escolar es significativa pues será para muchos estudiantes el último momento en el cual accedan en forma estructurada y académica al conocimiento de la historia.

La historia como materia escolar desarrolla diferentes valores y habilidades en el estudiante, lo cual implica, fundamentalmente, que, además de los contenidos específicos que se tratan dentro de la materia, se desarrollan habilidades propias de la disciplina, por ejemplo, el conocimiento

de la simultaneidad; la ubicación espacial y temporal; el desarrollo de la empatía histórica; la capacidad de relacionar hechos al parecer inconexos y el pensamiento crítico entre otros que se fomentan con su enseñanza. Una habilidad propia de dominio es leer textos históricos como fuentes de información, al igual que el uso de imágenes. El estudio de la historia también desarrolla valores como la tolerancia y el respeto por la diferencia entre culturas, y coadyuva en la formación de una identidad nacional, regional y local; asimismo, participa en la formación de su identidad como escolar.

Así encontramos dos vertientes de la historia escolar: por un lado es informativa, ligada a un programa y estructurada en contenidos con especial acento en los elementos fácticos, por otro lado formativo, pues promueve las habilidades de dominio de la disciplina y la formación de identidad. El objetivo del docente de historia consiste en integrar en su práctica cotidiana la información fáctica básica para que su alumno pueda ubicarla dentro del contexto de un programa y un currículum escolar específico y, al mismo tiempo, contribuir a su formación integral, en particular en la integración de su identidad individual y colectiva.

Todo lo anterior es la visión del docente de la historia, es el deber ser de su profesión, la cual espera que sea compartida por el alumno, pero esto no es así.

La historia no es una de las materias que se consideran importantes dentro del imaginario escolar y, a través de los escolares, de su ámbito social; esta visión es la que conforma el aprecio social de nuestra materia escolar.

Defino el aprecio social de una materia como la visión que en el imaginario de una sociedad o un sector social asigna a una materia escolar a partir de una experiencia subjetiva que se transmite y se refuerza por comentarios principalmente, pero no exclusivamente, de sus pares (García, 2015).

Esta visión se comparte y difunde entre los alumnos y tiende a mezclar: la disciplina académica, en nuestro caso, la historia; con la materia escolar, acotada por un plan de estudios y un currículum escolar; con el desempeño del profesor en turno, pues si el profesor domina su disciplina y es claro en explicar y conducir las actividades de la clase; en este imaginario, el valor social de la materia cambia. Es decir, nos encontramos ante una visión subjetiva, socializada y reforzada en este caso a partir de una serie de dichos y apreciaciones que no se cuestionan, sino que se argumentan como verdaderas.

En la construcción del aprecio social es fundamental la opinión de los estudiantes, pero no es la única. El aprecio social de la historia se alimenta también de la visión de distintas generaciones, de los padres de los estudiantes y de sus experiencias escolares con nuestra disciplina, pues sus comentarios refuerzan o corrigen la opinión de los estudiantes, y por lo tanto modifican o sesgan la visión de nuestra disciplina. Asimismo, contribuye a esto el peso asignado en el currículum escolar, respecto a los créditos asignados a cada asignatura y, junto a esto, se encuentra el papel que los colegas de otras áreas comentan y asignan sobre nuestra materia a nuestros estudiantes. Como puede verse la formación del aprecio social de la enseñanza de la historia es multicausal y compleja.



La Historia como materia escolar desarrolla diferentes valores y habilidades en el estudiante. ”



“Astillero 03”, 80 x 150, óleo-temple sobre tela, 2018

LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO EN LOS ALUMNOS

Las siguientes son algunas notas que permiten explorar el aprecio social de la enseñanza de la historia. Los alumnos que llegan al bachillerato están en un rango de edad entre los 14 y 18 años y tienen una trayectoria de por lo menos seis años continuos de enseñanza de la historia, tres de la educación básica y tres de secundaria. En este sentido, conocen la historia de manera vivencial y continua y continuarán su experiencia dos años más de manera obligatoria en el bachillerato. Por su rango de edad y su experiencia en la secundaria, los adolescentes forman su identidad, identidades, el nosotros adolescente, en el cual se diferencia e identifica, distinguiendo a sus amigos de sus compañeros de grupo. Este desarrollo es fundamentalmente afectivo, de acuerdo con sus elementos de aceptación y rechazo, de confirmación de sus impresiones sobre la música, cines o series, videojuegos, el amor y, no en primer sitio pero siempre presente, sobre las materias que cursa (Reyes, 2009, p. 114).

Dentro de esta formación se construye una primera asociación entre la disciplina por aprender la historia; quien la imparte, el docente en turno; la forma de trabajo en clase y extra clase y, por supuesto, la acreditación de la materia escolar, que puede ser Historia Universal o Historia de México como disciplina autónoma o combinada como introducción a las ciencias sociales. Su experiencia de vida como escolares los lleva a comparar sus actividades en una materia, en particular al realizar actividades, sean en nuestro caso lectura de diversas fuentes, comparación, elaboración de líneas de tiempo y, en particular, cómo exponer en clase.

Lo anterior, el gusto por la disciplina o por la forma en la cual la imparte un profesor en particular y otra, en la cual se preocupa por la acreditación de la asignatura, la carga de la tarea. La primera puede ser en su formación de identidad, como alumno, gozosa, y la segunda estresante. Es así que el primer acercamiento a la historia como disciplina se filtra a través de la actitud y conocimiento del docente.

El grado de dificultad y el conocimiento del profesor de su disciplina son un ele-



“Elegía”, 30 x 40, acrílico sobre madera aglomerada, 2020

mento fundamental: si el profesor conoce y comprende su disciplina y puede contestar a preguntas de los alumnos, puede profundizar en las temáticas o relacionarlas, se le reconoce como un buen maestro; si es exigente en sus tareas y actividades se le considera exigente y el papel que se le asigna al mismo disminuye o amplía su aprecio por la materia.

La división de las materias entre acreditar o conocer es uno de los elementos que el estudiante toma en consideración para su aprecio por la historia. Acostumbrados, por ejemplo, al uso de un libro de texto, al proponer que comparen diferentes fuentes de información, en muchas ocasiones lo consideran un ejercicio inútil, pues la historia “siempre es igual y no cambia”, con lo cual destacan sólo un aspecto de nuestra disciplina: los elementos fácticos; por otra parte, si la historia no cambia, cualquier libro sirve para historia. La mayor parte de los estudiantes no consideran que se desarrollan habilidades en

la materia y, al consultarlos, esto se debe a que no se explicita por parte del maestro cuáles son las habilidades que se desarrollan durante el curso.

Sin la explicitación de las habilidades, las actividades son solamente la acumulación de quehaceres repetitivos y que el alumno supone que el profesor no revisa, por lo cual no cuida su entrega. El descuido repetido y la no corrección de estas conductas por parte de la sobrecarga de trabajo del docente propicia el desprestigio sobre la seriedad de la materia y de la disciplina.

Al estar ante una disyuntiva de tipo escolar, de tener que preparar dos exámenes, uno de historia y el otro de matemáticas, la opción siempre será el de matemáticas, pues la historia es una materia “fácil”.

EN ESTA PERSPECTIVA

Éste es sólo uno de los panoramas dentro de los cuales se encuentra amenazada la enseñanza de la historia. No desconoce-

mos el papel de la historia oficial, del proceso mediante el cual la historia justifica un régimen determinado y de ahí su bajo aprecio social, pues pierde su calidad de ciencia y se convierte en ideología o propaganda; tampoco se desconoce la influencia de los colegas profesores que imparten otras materias, los cuales, en algunos casos, expresan comentarios sobre la inutilidad de la historia en las escuelas; por último, hay un imaginario social en el cual la historia se confunde con el nacionalismo, con los héroes, con la idea de una patria, la cual se narra como cuento o narración, aquella historia de don Luis González y González se refiere como la historia anticuaria.

Estos son ámbitos donde la enseñanza de la historia se ha desprestigiado, indudablemente. Sin embargo, consideramos que donde debe estudiarse para revertir esta tendencia es en el espacio escolar, en la opinión y día a día de los alumnos y para esto los docentes de historia, aquellos que es nuestra labor cotidiana, debemos conocer sobre este aprecio, cómo ven nuestros alumnos la disciplina, pues en el bachillerato será la última oportunidad para muchos de conocer la historia como disciplina estructurada de manera académica y formal.

La formación del docente es fundamental, pero también su sensibilidad para hacer del aula un espacio de investigación sobre su disciplina, no sólo en su formación, sino también en las formas de transmisión y, sobre todo, la valoración que se tiene de la misma por parte de los estudiantes.

Así podremos afirmar, glosando a L. Febvre, en su texto *Vivir la historia* de 1941: Me gusta la historia. No sería docente de historia si no me gustara. No podemos enseñar lo que ignoramos, es la premisa básica de todo profesor, pero tampoco podemos enseñar el aprecio por nuestra disciplina, si no tenemos gusto por ella.

FUENTES

Ávalos Romero, J. (2012). “Las conversaciones juveniles en los intersticios del aula”. En Wells, E. *Jóvenes y Bachillerato*. Ciudad de México: Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior.

Febvre, L. (1970). *Combates por la historia*. Barcelona: Ariel.

Galván Lafarga, L. E. (coord.) (2006). *La formación de una conciencia histórica. Enseñanza de la historia en México*. Ciudad de México: Academia Mexicana de la Historia.

García, J. (2015): *El aprecio social de la historia en el bachillerato del Colegio de Ciencias y Humanidades*. Recuperado de: <https://es.scribd.com/document/345198007/EL-APRECIO-SOCIAL-DE-LA-HISTORIA-docx>

González, M. P. (2006). “Conciencia histórica y enseñanza de la historia: una mirada desde los libros de texto”. En *Enseñanza de las Ciencias Sociales*. Núm. 5, pp. 21-30. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Prats, J. (2016). “Combates por la historia en la educación”. En *Enseñanza de las ciencias sociales*. Núm 15, pp. 145-153. Barcelona: Universidad de Barcelona.

Reyes Juárez, A. (2009). *Adolescencia entre muros. Escuela secundaria y la construcción de identidades juveniles*. Ciudad de México: Flacso.

Sánchez, A. (1998). Enseñar a pensar históricamente. En: Gonzalbo, P. (ed.). *Historia y nación: Actas del Congreso en Homenaje a Josefina Zoraida Vázquez I. Historia de la Educación y Enseñanza de la Historia* (pp. 213-236). Ciudad de México: El Colegio de México.

Sánchez, A. (2004). *Reencuentro con la historia: teoría y praxis de su enseñanza en México*. Ciudad de México: UNAM/Facultad de Filosofía y Letras.